

Los cristales del crepúsculo

José Agustín Blanco Redondo

Dedicado a Javier Guzmán Téllez

*Esta es una historia de nombres y palabras,
de cristales que espían las tapias del recuerdo”
Alfredo Díaz de Cerio*

El cordel comenzaba a deshilacharse, pero al muchacho de la sonrisa mellada no parecía importarle demasiado. Lo tensionó de nuevo, provocando el roce de las fibras de cáñamo contra el grueso tronco de la morera, su mano cerrada sobre el ovillo, el extremo del cordel trocado en un nudo grosero, el único que sabía hacer, el que utilizaba para atar los cordones de sus botas. Un nudo que se uncía a la frágil pata de un jilguero.

El gato de pelaje albarizo se deslizaba por el tejado de la casa, las patas flexionadas, la cabeza gacha, las orejas erguidas, el vientre lustrando los líquenes de las tejas, los ojos incendiados con el ansia de la depredación. Una vez en el alero, tomó impulso y alcanzó el suelo, en silencio, con un rumor de hojas de otoño, de esas hojas que se desprenden de las ramas para tapizar de tonos ocres la tierra y el agua quieta de las albercas.

El muchacho de la sonrisa mellada afianzó el ovillo bajo una piedra, tomó la carabina, apuntó al lomo del gato y disparó. El balín se hundió en su pelaje albarizo mientras el animal se revolcaba por entre un torbellino de grava, maullidos amargos y polvo trezado en bruma seca, en una neblina áspera que veló la luz del sol. El chaval desplazó sus labios hacia las mejillas, en una sonrisa abierta que descubrió aún más sus incisivos rotos, y chasqueó la lengua, orgulloso de su astucia, de su puntería prodigiosa, de su capacidad innata para martirizar a toda esa leva de seres inferiores

que le rodeaba, seres que existían solo para procurarle placer, para servirle, para acatar cada uno de sus caprichos. Abandonó su escondite tras el tronco de la morera y contempló cómo el gato escapaba renqueando hacia las eras, seguramente para unirse a los otros gatos lisiados por sus balines y que se arrumbaban al atardecer para lamerse las cicatrices bajo los despojos oxidados de las trilladoras. Recogió luego al jilguero y, sin liberarlo del cordel de cáñamo, lo introdujo en una jaula diminuta atestada de excrementos. No se molestó en disponer agua fresca o algo de alpiste en su interior. Colgó la jaula de una alcayata bajo el alero, en un lugar del todo inaccesible para las garras de los felinos, dejó el ovillo sobre los alambres superiores, se colgó la carabina a la espalda y se alejó despacio, lanzando piedras y maldiciones contra los estorninos que se apretaban sobre los cables de la luz. Sí, se había ganado ese bocadillo de mortadela que su madre le tendría preparado al llegar a casa.

El pájaro emitió entonces un gorjeo tímido, casi inaudible, un “tilit” que parecía nacer de su pecho palpitante, de ese corazón que latía con urgencia, de ese miedo atroz que le hacía hundir su cabeza entre las plumas, que le hacía hundir la mirada en una oscuridad ficticia. Un gorjeo que no fue sino el preludio del sueño, del descanso, tal vez del olvido.

Yo no me encontraba cerca, pero pude verlo todo. Apostado en lo alto de una loma, tras unas rocas de caliza, con mis prismáticos para la observación de aves migratorias, contemplé cada instante, cada ademán, cada uno de los movimientos que engranaban la estrategia furtiva del muchacho de la sonrisa mellada. Y no podía ser de otra forma, porque en el pasado, demasiadas veces, mi actitud ante él, siempre en defensa de todas las manifestaciones vivas de la naturaleza, me había acarreado palabras gruesas, insultos con referencias soeces hacia mis padres, escupitajos y puñetazos precisos en el estómago y en las zonas más sensibles de mi rostro. No me considero un cobarde,

pero aquel salvaje era más corpulento, un año mayor que yo y se encontraba ceñido por un carácter agrio incompatible con la sensatez.

Vivíamos en un pueblo pequeño, atestado de sol, de casas blancas y de olivos centenarios cuyas ramas, en noviembre, rozaban la tierra roja bajo el lastre de la aceituna. Aquellos días, el muchacho de la sonrisa mellada anduvo especialmente activo. Las vacaciones de verano acababan de comenzar y la molicie, el aburrimiento, el tedio de la siesta y la ausencia de esa elemental disciplina que exigen las clases y los exámenes de cuarto de secundaria, provocaba, a mi entender, un desequilibrio bioquímico –las hormonas, los electrolitos, las enzimas y ese tipo de cosas- que enturbiaba su sangre, haciéndola trotar por sus arterias hasta evacuarla, con la premura espumosa de un torrente, por los sumideros de su cerebro. Los efectos visibles de este desorden mental, de esta anarquía en el destellar de sus neurotransmisores, se concretaron en una sarta de gamberradas de la peor especie. Y así, al anochecer del lunes, pude observar sin necesidad de prismáticos cómo se afanaba en esa edificante afición por la captura de murciélagos. El primero de ellos lo derribó mediante la sofisticada técnica de arrojar al aire una gorra de visera con el nombre de la cooperativa de aceite grabado en la tela. La prenda interceptó casualmente la trayectoria del quiróptero y éste se introdujo en la concavidad de la gorra para caer al suelo con murmullo sibilante. Tras dos, quizá tres segundos de silenciosa incredulidad, llegaron los gritos, el alborozo, los aspavientos. El ensayo de aquella maquinación perversa, de aquel burdo experimento urdido en los sulfurados albañales de alguna inteligencia desnuda.

El muchacho de la sonrisa mellada se mantuvo erguido, satisfecho, la mano izquierda aferrada a los extremos de aquellas alas membranosas, la derecha introduciendo el filtro de un cigarrillo en la boca del murciélago, las carcajadas de los acólitos que le rodeaban, el bochorno aún agazapado en los zócalos de las casas, en los zaguanes,

tras las tapias de los cercados, bajo el emparrado de los corrales; la mirada de algún anciano que, en la calle, con el cuerpo apuntalado por su garrota, como si fuera ayer mismo, rebuscaba en los trojes de la memoria aquella escena repetida tantas veces, tantos veranos, tantos años en el anochecer de este pueblo pequeño, atestado de sol, de casas blancas, de olivos centenarios.

El animal boqueó, indefenso, aterrorizado. Inspiró compulsivamente el humo del tabaco en busca de alguna brizna de oxígeno, sin saber que cada calada le acercaba a los umbrales de la muerte, que la asfixia colapsaría sus pulmones en apenas unos instantes, que no tardaría en entregar su agonía a un júbilo impaciente de corazones castrados.

Y luego, entre aquel sopor incrédulo, la mirada del muchacho. Una opaca mirada glacial, sucia, endurecida de miseria que se engarzó a esa sonrisa de incisivos quebrados, a ese pisotón que reventó el cuerpo yerto del murciélago contra el asfalto todavía cálido de la calle.

.....

El martes, atardecido, a horcajadas sobre la vieja Vespino de su padre, el muchacho de la sonrisa mellada se trasladó hasta el trampal de la alameda. El agua surgía allí a borbotones, limpia, helada, para resbalar por una pendiente y remansarse en la concavidad que, a modo de cazuela festoneada de carrizo, formaba el terreno sobre un lecho blando, inestable, sujeto apenas por un sustrato de turba por el que se filtraba el aguazal hacia su morada subterránea. El chaval desmontó del ciclomotor, dejándolo en marcha. Con un cubo azul, de esos que utilizan los niños para levantar castillos de arena, comenzó a recolectar de los bordes de la charca unos animalillos del tamaño de la yema del dedo pulgar, unos anfibios que acababan de estrenar su condición de sapos una vez superados los avatares de la metamorfosis. El tubo de escape del ciclomotor se trocó entonces en la parrilla perfecta para abrasar la delicada piel de sus

presas, para retorcer sus hocicos puntiagudos, para transformar el iris ámbar de sus ojos en coágulos negruzcos, para trocar sus ancas en excrecencias carbonizadas, en chisporroteos breves amparados por volutas de humo de un extraño olor acre.

Las pupilas del chaval brillaban como solo lo hace el cuarzo al reverberar aquella luz crepuscular, las manos afanadas en su encargo de disponer aquellos pequeños seres sobre el altar ardiente, metálico del sacrificio, su maldita sonrisa empeñada en abrirse aún más, hacia lo curvo de la quijada, para permanecer allí, estática sobre un rostro simple, ancho de sienes, breve de entendederas. Yo estaba muy cerca, agazapado en la cruz de un viejo olmo, mimetizado entre sus ramas, en silencio, observando los trajines de los zorzales y el arrimo de las torcaces al bebedero del manantial. Los sapillos escaseaban ya en la orilla, así que el chaval continuó la recolección internándose cada vez más en el trampal. Su avance era fatigoso sobre el sustrato de turba. Cuando percibió que lo blando del terreno le humedecía las corvas, ya era tarde. Intentó salir, pero solo consiguió hundirse más en el cieno, casi hasta su grasiento abdomen. Los gritos, los lamentos, sus insoportables gañidos quebraron el aire quieto de la tarde, por entre el monótono crepitar del motor de la Vespino y ese olor acre a carne calcinada, reclamando ayuda mientras el crepúsculo estallaba en añicos de cristal, en una pulverulenta bruma invisible que se aplastaba sobre los márgenes festoneados de carrizo del trampal. Unos gritos que nadie, salvo yo, pudo escuchar.

.....

El muchacho de la sonrisa mellada toma con delicadeza el cuerpo tembloroso del jilguero y lo acuna sobre la palma de su mano, presionando levemente las alas y los flancos. El pájaro emite entonces un gorjeo tímido, casi inaudible, un “tilit” que parece nacer de su pecho palpitante, de la hondura apresurada de su corazón. Luego deshace con destreza el nudo con que el cordel aprisiona su pata, mientras en la garganta del chaval se gesta otro nudo más recio, más amargo. Un nudo como de estopa que

apenas le permite respirar. La pata del jilguero, debido a la compresión ejercida por el nudo del cordel durante semanas, cae al suelo, ligera como la pavesa de una lumbré, dejando un muñón en la coyuntura del tarso con el fémur. Pero el muñón no sangra, ni siquiera duele, está limpio, perfectamente cicatrizado, tal vez debido a que el nudo ha actuado como torniquete, trocando la pata del animal en tejido sin irrigación, huérfano del calor sanguíneo; en un apéndice prescindible de células muertas del mismo color de la tierra donde ahora yace, donde ahora será desmenuzada, hasta convertirla en polvo, por la guadaña del viento, por el invisible filo del tiempo.

El muchacho de la sonrisa mellada introduce al jilguero en una jaula espaciosa, con agua limpia, un comedero colmado de alpiste y hojas de lechuga asomando por entre los alambres. El pájaro no parece sentirse cohibido y se adapta con naturalidad tanto a su minusvalía como a su nuevo hogar. Salpica sus plumas con el agua del bebedero y de un salto breve, entreverado de aleteos jubilosos, se encarama a una de las barras que sirven de posadero.

El muchacho de la sonrisa mellada apoya entonces su brazo en mi hombro, confiriendo a mi cuerpo sus cuatro arrobas de peso. Mis pies trastabillan bajo aquella carga, pero no me importa. Ahora somos amigos. Ahora pensamos y actuamos al unísono, como el carillón de un reloj de pared y las manecillas de la esfera al dar las horas, perfectamente engranados, siempre en defensa de todas las manifestaciones vivas de la naturaleza. Lejos, muy lejos quedan ya las palabras gruesas, los insultos y escupitajos, los puñetazos precisos en el estómago y en las partes más sensibles de mi rostro, los disparos al lomo de unos gatos con pelaje albarizo, los murciélagos muertos por asfixia entre un júbilo impaciente de corazones castrados, la calcinación de unos sapillos del tamaño de la yema del pulgar. La rama desgajada de un olmo viejo que utilicé, mientras el crepúsculo estallaba en añicos de cristal, para arrancar a mi amigo de las fauces de aquella ciénaga.